

## **Palabras del Excelentísimo Sr. D. Juan Velarde Fuertes**

### **SABINO FERNÁNDEZ CAMPO, UN GRAN PRESIDENTE**

Ahora lo puedo relatar, y tengo que enorgullecerme por haberlo hecho. Yo fui el que abordó a Sabino Fernández Campo a la muerte de Enrique Fuentes Quintana, para insistirle que, para el corto periodo de tiempo que restaba, se sacrificase y aceptase, si era elegido por los académicos, el puesto de Presidente. No logré su aceptación con facilidad. Sabino Fernández Campo, como persona muy inteligente que era, también resultaba ser muy autocrítico, desde luego en exceso, y completaba esos análisis retratándose ante los demás con un sentido del humor muy oventense, del que siempre hizo gala. Pero lo conseguí, y de pronto, nos encontramos con que habíamos elegido muy bien. Porque al frente de cualquier Academia se necesita que esté alguien que comprenda que no es precisamente un centro de investigación; tampoco que es un panteón de hombres ilustres, sino un lugar lleno de personas con altos niveles de conocimientos específicos que están dispuestas a exponer a compañeros suyos, también altamente cualificados, puntos de vista desde su especialidad para que sea recibida y discutida, en un ambiente de cordialidad, por los componentes de la Corporación. Y en esta tarea, de procurar que, entre todos nosotros, reine ese ambiente grato que nos impulsase a ese diálogo constante, Sabino Fernández Campo, fue maestro.

Yo me atreví a insistirle, en primer lugar, como ya he dicho en algún otro lado, porque, con motivo precisamente de la lectura en la Universidad de Oviedo de la tesis doctoral de nuestro compañero José Luis García Delgado que yo había dirigido, tuve una conversación larga, en un aparte, con un eminente profesor e investigador Don Ramón Prieto Bances, al que, por su prestigio habíamos invitado

al almuerzo que siguió a la lectura de la tesis. Como era muy amigo de mi padre y por cierto, también de mi maestro, nuestro antiguo compañero Valentín Andrés Álvarez que había presidido aquel Tribunal, me daba consejos y tenía confidencias que mucho le agradecí. Y en aquella ocasión me indicó: “Una persona que, cuando fue alumno mío en la Facultad, destacó muy por encima de todos, es Sabino Fernández Campo. ¿No le has tratado nunca? Pues procura hacerlo, y cuando eso suceda, te aseguro que comprobarás que esto que te digo es así”.

Lo tuve siempre en cuenta cuando, desde la lejanía, contemplaba las excelentes actuaciones que, en puestos diversos tenía Sabino Fernández Campo. Todo culminó, naturalmente, con sus actitudes y talante al frente de la Casa de Su Majestad. En algunos momentos, del modo extraordinario que trascendió a toda España. En esa etapa tuve con él algún trato superficial, pero que, en lo que adivinaba, ratificaba lo que me había dicho el profesor Prieto Bances. Y, en esto, se produjo la vacante por el fallecimiento de Ramón Salas Larrazábal de la medalla n.º 13. Quien era entonces el Oficial Mayor de esta Real Academia, Juan de Luis Camblor, gran amigo mío desde los tiempos en que coincidimos, primero en *Alférez*, y más adelante, en el ministerio de Educación y Ciencia y, sobre todo, cuando fui Rector de la Universidad Hispanoamericana de Santa María de la Rábida, formando parte, de Luis, del equipo que la dirigió, me dijo: “¿No te das cuenta que esta vacante la puede ocupar como nadie Sabino Fernández Campo?”. Me pareció una idea espléndida y abordé de inmediato al presidente, Enrique Fuentes Quintana, al que también le pareció magnífica la persona. Y me impresionó, conforme fui hablando con otros compañeros, lo acertada que pareció a todos.

Pero ya tenía además yo personalmente más argumentos muy recientes, porque, un grupo cerrado de personas, de muy alto nivel intelectual y político, se reunía en un almuerzo mensual. Y en él se había producido una vacante por el fallecimiento, en 1993, de nuestro compañero Jesús Fueyo. Este grupo consideró, cargado de benevolencia, que yo podría ocupar su vacante. Allí, estaba Sabino Fernández Campo, al que, desde entonces, pasé a escuchar con muchísima atención, porque jamás le oí decir ninguna ramplonería intelectual, y sí, desde luego, repito, cosas muy importantes más de una vez sazonadas por su gran sentido del humor.

A partir de ahí, tanto verano tras verano en la Escuela de La Granda, y martes tras martes en esta Real Academia, mi admiración por él fue creciendo. No tengo, por eso que recordar ahora lo que, concretamente sobre sus tareas intelectuales dije, y que ahora ratifico. Ahí quedan mis palabras del 20 de marzo de 2007 en el homenaje que se le tributó en el Palacio de Congresos, en Madrid; las que pronuncié en otro homenaje, el de la Escuela de La Granda en agosto de 2008; mis declaraciones sobre su labor en *La Nueva España* el 24 de octubre de 2008 y, sobre todo, mi artículo *Homenaje a Sabino Fernández Campo, Conde de Latores* publicado en *Mar Océana*, 2009, págs. 15-21.

Hoy solo quise aquí explicar algo de lo que estoy orgulloso: el haber tenido algún papel para que estuviese entre nosotros, hasta convertirse en uno de sus mejores presidentes, Sabino Fernández Campo, conde de Latores.

